

## TRIBUNA ABIERTA

# El andaluz 'puesto en valor'



POR ANTONIO  
NARBONA

Nadie piensa que el andaluz vaya a ser dignificado y más apreciado por el intento de rescatar voces consideradas peculiares

Se presenta a bombo y platillo en el Paraninfo de la Universidad Hispalense el lujoso volumen Alfonso X el Sabio con que se conmemora el octavo centenario de su nacimiento. En sus breves discursos, el coordinador de la obra y quien preside el acto emplean una decena de veces la expresión poner en valor. Se «pone en valor» hasta «la importancia de la vida y la obra del Rey», propósito del libro. Creía yo que lo importante no precisa ser destacado, resaltado, puesto de relieve..., que de todas esas formas puede decirse lo mismo que con la perifrasis 'prestada'.

Del giro no abusan, pues, sólo los políticos y algunos tertulianos en los medios de comunicación. En un espacio televisivo alguien soltó que le «gustaría poner en valor que hay transportistas que no están de acuerdo con el paro indefinido». A este paso, cualquier cualidad, conducta o actitud va a merecer ser encomiada. Menos mal que no es de esperar pase a ser utilizada la expresión en la conversación ordinaria.

Como a los andaluces nos ha caído el sambenito de ser tan graciosos como 'mal hablo[s]', han proliferado los 'defensores' que intentan sacar del pozo de su marginación y falta de aprecio sus hablas, poco valoradas (reconocidas, estimadas, apreciadas) o valorizadas (todo lo anterior, pero más).

Para llevar a cabo una apropiada 'evaluación' de las hablas andaluzas, habría que empezar por dejar de confrontarlas exclusivamente con las variedades peninsulares norteñas, porque estas ni son [las] neutras o 'no marcadas', ni 'ajenas' a los andaluces. Y, al mismo tiempo, hay que dejar de preguntar en Andalucía (tampoco fuera) si son más o menos (des)agradables, aburridas o divertidas, feas o bonitas..., pues las respuestas —casi todas previsibles— no van a servir de mucho, y, desde luego, la suma de las que así se obtengan no van a proporcionar una imagen real de la conciencia colectiva.

Como las formas (cambiantes) de percibir y de configurarse una representación de los modos de hablar de los andaluces se van forjando desde la etapa escolar, tomo al azar un libro de texto de Lengua española de 1974 (publicado, como tantos otros, en Barcelona), correspondiente al curso seguido por alumnos de 12/13 años, y una propuesta didáctica (de casi cuarenta años después, pensada también para estudiantes de la misma edad) con la que una profesora pretende 'revitalizar' el andaluz. En el primero, si bien se califican de 'defectos' algunos hábitos articulatorios de catalanes (y valencianos y mallorquines) cuando hablan en español (realizar la -a final casi como una e [coses] o pronunciar la v como

labiodental), la mayoría de los «rasgos de pronunciación que deben ser corregidos» se adscriben a los andaluces (es verdad que casi ninguno sólo a ellos): arcarde, hambre, güerto, suhiro (o hittórico), nececidad, perdió, verdá. No sé por qué también se alude al seseo (mayoritario entre los hispanohablantes), al yeísmo (los distinguidores de calló/cayó son una minoría) y a la pronunciación de la x como s (estremo), generalizada. En la segunda, que no se propone tanto enumerar ni condenar «deficiencias» (¿incorrecciones?) como determinar (¿fijar?) una prestigiosa norma andaluza culta, no hay el menor interés en 'poner en valor' ninguno de tales fenómenos fonéticos, ni otros, como, por ejemplo, la confluencia en [má] de más, mal y mar o el que en boca de un heheante suenen igual ([caha]) casa, caza y caja.

Y fuera de la pronunciación ¿qué se suele 'poner en valor'? Casi nada. Nadie piensa que el andaluz vaya a ser dignificado y más apreciado por el intento (se puede anticipar que resultará fallido) de rescatar voces consideradas peculiares, como cabero 'último', entezón 'discordia', buche, jardazo 'caída brusca', mihiya o saborío (desab[or]rido)... Mucho menos, por la pretensión oculta de fomentar el empleo de uhtede como



ABC

único plural de tratamiento (en la parte occidental), sobre todo, si no concuerda con el verbo: ¿uhtede se vai a í también? Más bien ocurriría lo contrario.

Sin su cabal conocimiento —por fuerza previo al reconocimiento—, es imposible alcanzar una valoración adecuada de nuestros usos orales. La realidad —no lo ideado o deseado por algunos— es que en Andalucía no hay, ni puede haber, empeño en potenciar positivamente lo que, fuera y dentro de la región, no goza de prestigio y tiene escasa aceptación. Además, todos los 'valores' de los usos idiomáticos son graduales, y se suelen rechazar los extremos y muy marcados, como el citado heheo, decir ehtihera, entavía o amoto... Los andaluces saben cuándo les conviene 'adaptarse al medio', evitar, por ejemplo, arcarde o no reducir a ¡tequíyadaquí! ¡te quieres ir ya de aquí! En definitiva, que es inútil tratar de 'poner en valor' ('sobrealorar') lo que no procede, o no 'se deja'. Así de sencillo.

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA